

## TRES NUEVOS NARRADORES

Por CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

- Rafael García Gamboa, *Ilusiones de cristal*, Joaquín Mortiz, México, 1991, 172 pp.
- Roberto Ransom, *En esa otra tierra*, Alianza Editorial Mexicana, 1991, 147 pp.
- Cristina Rivera Garza, *La guerra no importa*, Joaquín Mortiz, México, 1991, 74 pp.

LA ACTITUD DE LA CRÍTICA LITERARIA ANTE quienes publican por primera vez es por necesidad ambigua. Utilizar la saña parece un abuso (nadie gusta de enterrar desconocidos) e ignorarlos una injusticia o, a la larga, un error probable para la vanidad del crítico. También es excepcional -sobre todo en prosa- poder afirmar contundentemente que se trata de una revelación. En España, por cierto, la codicia de los editores no admite reserva alguna en cuanto lanzan alguna novedad.

Las *Ilusiones de cristal* de Rafael García Gamboa (Ciudad de México, 1951) es un libro tardío. Lo es porque la mayoría de los narradores de su generación publicaron precozmente. Uno esperaría que semejante paciencia obedeciera a un lento y promisorio proceso de maduración. No es el caso. Los cuentos de García Gamboa -quizá escritos hace años- no son ni maduros ni novedosos. Las tramas son, una vez más, consecuencias de la herida sufrida por algunos jóvenes en 1968. Una estancia cuyos objetos podemos palpar a ciegas. Son ocho relatos que van desde los habituales trabajos de amor perdido ("Elisa") hasta el dolor de la reclusión psiquiátrica ("¡silencio!.. ¡ Acción!"). En el intervalo hallamos al escritor que fracasa en su novela en la misma medida en que su pareja estalla, la seducción que ejercen los chamanes sobre la clase media universitaria, una violación tumultuaria, un "Recuento" de los daños morales y emocionales de la represión política o la búsqueda de la identidad artística a través del cine o el teatro experimental. En todos los casos García Gamboa ofrece al lector el amargo rencor que le dejaron esas ilusiones perdidas. Pese al tremendismo de varios de los cuentos, no pocos están escritos con oficio. Pero eso importa poco. El problema radica en que *Ilusiones de cristal* aparece como el enésimo libro de una memoria fatigada. La insistencia cansina en el quiebre de 1968 no

parece dar señales de terminar. El tema no es intrascendente pero nuestros narradores escasamente han logrado trascender esas ilusiones mediante la imaginación artística. Cuando García Gamboa escribe que "los acontecimientos se repetían como calcados del día anterior, con los mismos personajes y las situaciones ensayadas - vividas de generación en generación", no nos queda más que tomarle la palabra. En efecto, así es.

Estamos empezando a leer a los narradores nacidos en la década de los sesenta. Roberto Ransom (Ciudad de México, 1960) se presenta con una novela. En *esa otra tierra* es un libro escrito con esmero y también su autor padece de nostalgia. Ransom se sitúa en Salamanca durante los primeros años del postfranquismo. Varios personajes, esencialmente desarraigados, se den cita en una fonda o casa de huéspedes. La novela no pretende otra cosa que seguir los entrecruzamientos entre ellos. Están, otra vez, a la deriva de una tragedia histórica: la inmigración interior de la guerra civil española y el frenético vacío que dejó el destape. Si Ransom fuera español y tuviera veinte años más le quedaría la frase que le escuché decir a un novelista ibérico ante la furia militante de una colega argentina: "Yo también sé lo que es salir de una dictadura y no tener nada que decir".

Pero Ransom inventa un mundo que no vivió personalmente, mérito escaso entre los jóvenes narradores de México. *En esa otra tierra* es una novela tan pulcra que cae en lo aséptico. Se deja leer como se deja olvidar. Además, no siempre es necesario matar al personaje principal en el último párrafo.

Si García Gamboa y Roberto Ransom no invitan al optimismo sobre el presente de nuestros novísimos, otra es la situación de Cristina Rivera Garza (Tampulipas, 1964). Los cuentos de *La guerra no importa* forman el libro menos ambicioso de los tres aquí reseñados y por ello, quizá, es el mejor.

*Ni demasiado amor ni de qué manera te olvido*: Cristina Rivera Garza no nos espeta una sentimentalidad feminoide desde la primera página. Lejos del canon en boga que reza que primero se es mujer y luego escritor(a), Rivera Garza se empeña en narrar. Son siete cuentos donde impera la paranoia y la persecución. El primero, "El desconocimiento", es tan exacto como "La cena" de Alfonso Reyes.

Cristina Rivera Garza no es hábil con la experimentación -como en "Hay algo destrozado en la calle" o en las justamente tituladas "Noticias intrascendentes"- pero logra otro relato notable con el que da título al libro. Sorprende en esta autora no tanto la construcción de sus cuentos, donde se deja ver el lápiz inconfundible de los nefastos talleres literarios, sino la potencia poco usual de varias de sus frases. Dispersas aquí y allá, encontramos en Rivera Garza una capacidad de síntesis expresiva que ilusiona. Hay en *La guerra no importa* errores elementales pero no faltan los destellos de una prosa original, trabajada y violenta. Xian, la mujer que deambula por algunos de los cuentos, merece encarnar en la verdad novelesca.

García Gamboa vive de sus ilusiones perdidas y Roberto Ransom inventa un mundo sobre aquéllas. Cristina Rivera Garza crea su propia e íntima, aun balbuceante, prosa del mundo. Es probable que estemos ante el nacimiento de una nueva generación de narradores. Los libros que están escribiendo, como Cristina Rivera Garza, Enrique Serna, Pablo Soler Frost, Gerardo Kleinburg o Pedro Ángel Palou, esperemos que no nos dejen mentir.

PS. No deja de ser loable que nuestros editores sigan apostando por los autores jóvenes. Pero ¿no habría manera de impedir que todo libro mexicano se deshoje en la página 36? Ignoro si existe una cláusula sobre encuadernación en el Tratado de Libre Comercio, pues de haberla, estamos reprobados de antemano.